

Heterodoxos y Borges supo destacar, con su acostumbrada destreza, los aspectos más dramáticos del relato-fuente. Lo que ocurrió es que el sabio narrador supo sintetizar ciertos pasajes y siempre lo sintético del relato rioplatense aumenta —si cabe— la dramaticidad de la crónica original. En esta síntesis cargada de fuerza trágica, Borges mejora —a veces— el original, y cuando lo copia al pie de la letra sabe siempre utilizar los aspectos más cargados de poder emotivo y expresivo sobre el lector. Un ejemplo basta para ver cómo un hecho narrado por el cronista asume en Borges una poderosa realidad concreta, siempre debido al uso acertadísimo de la síntesis que disminuye el número de palabras para decir lo mismo con menos medios lingüísticos. Es la brevedad de medios lo que presta poder a lo expresado y le da admirable fuerza estilística. El texto del historiador dice que en medio del humo de las leñas húmedas que quemaban mal, se escuchaban los gritos desgarradores del condenado. En los *Heterodoxos* leemos: «...la llama comenzó a levantarse... Pero la leña, húmeda por el rocío de aquella mañana, ardía mal, y se había levantado además un impetuoso viento, que apartaba de aquella dirección las llamas». Borges dice esto, pero de manera mucho más sintética y eficazmente dramática: «Había llovido la noche antes y la leña ardía mal... gritó y fue como si un incendio gritara.»

Si se lee el parágrafo de don Marcelino que comienza con la frase «Era medio día», se verá que Borges dice lo mismo que la fuente utilizada; lo que ocurre es que lo dice de modo esencial. Todo lo expresado por Menéndez Pelayo en 22 líneas, nos es comunicado con cargada y potente expresividad por Borges en nueve líneas que contienen la mitad de palabras... la caja de la página del volumen editado a fines del siglo pasado en Madrid, es mucho mayor en espacio concreto y la tipografía bastante menor. La línea de Borges contiene solamente 52 puntos; la del crítico e historiador español, 67. Las primeras están en cuerpo 14, las del segundo, en cuerpo 10. Con estas observaciones que parecen tan concretas queremos indicar solo esto: lo apretadamente limitado en el número de palabras aumenta su poder suasorio y emotivo sobre el lector.

No se olvide algo esencial: este relato, así como ocurre con «El Inmortal», está recorrido en numerosos pasajes de ecos explícitos o silenciosos de numerosos textos (textos, intertextos, cotextos, contextos, pretextos y postextos) que apelan a referencias escriturarias, bíblicas explícitas e implícitas, literarias, homéricas, medievales, teológicas, filosóficas, lógicas, históricas, reales e inventadas, que convierten al relato todo en una como antología directa e indirecta de todo el mundo cultural antiguo, medieval y erudito. La totalidad de una cultura parece aletear advirtiendo su presencia inevitable en cada línea de esta construcción de palabras y de símbolos que

⁵ Gene H. Bell Villada, *Borges and His Fiction. A Guide to His Mind and Art* (Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1981). Mesurado, erudito, inteligente, siempre bien informado, paciente en la infinita búsqueda de datos y referencias (que en Borges es una trampa siempre peligrosa, porque a veces la visible cita de un autor puede remitir a un sendero falso o auténtico), este libro merecería ser traducido de inmediato al español. Lo mismo podría decirse de su volumen reciente sobre García Márquez. El análisis de «Los teólogos» está en págs. 158-66; pero hay numerosas referencias directas e indirectas a este relato en otros pasajes del libro. Claro que todas están claramente indicadas en el índice, que es un utilísimo instrumento de consulta, y que casi siempre se elimina de las traducciones en español de esta clase de estudios...

⁶ Edna Eizenberg, *The Aleph Weaver: Biblical, Kabbalistic, and Judaic Elements in Borges* (Potomac, Maryland: Scripta Humanística, 1984), págs. 118-121.

tocan a aspectos esenciales de nuestra cultura medieval e, indirectamente, de toda nuestra tradición. Lo que ocurre es que la desmesura gigantesca y ecuménica de «El Inmortal», que va desde Homero al siglo XX (veinticinco siglos de realidad cultural occidental) está apenas aludida, pero puede percibirse en numerosos momentos del cuento y su perspectiva profundísima aquí toca a otro de los enormes temas de toda nuestra cultura. En el relato ya citado, se trataba de una rememoración y recreación de toda la tradición literaria de Occidente, desde su más antigua obra reconocida como tal. Aquí, de otro de los desmesurados intentos humanos que el escepticismo borgiano da como destinado al fracaso: el de pensar o recrear a Dios; el de creer —tal vez con demasiado optimismo— que podemos pensar a Dios concibiendo una Teología. Y, a la vez, el de creer que esa inalcanzable e impensable realidad de lo divino, podría interesarse en algo tan distinto y tan pequeño como el hombre... Obsérvese que al final del relato, el narrador da a entender que la misma empresa de concebir, pensar o referirse a Dios es casi impensable y, a la vez, casi inexpresable. Dios es una realidad-otra, lejanísima, inalcanzable, incomprensible por este débil ser llamado hombre.

Y antes de cerrar esta nota, una pregunta obvia: ¿hay otros pasajes en este relato, tan cargado de referencias culturales (bíblicas, escriturarias, históricas) que merezcan recordarse? Claro que sí; y vamos a señalar algunos de ellos. Unos, han sido acotados por Bell Villada en probablemente el mejor volumen de conjunto sobre los cuentos de Borges, la mayoría de los cuales han sido analizados de manera magistral en un estudio bastante poco conocido en el mundo hispánico⁵. Otros los hemos tomado de un libro posterior al citado, de Eizenberg⁶. En todos los casos hemos traducido al español las citas o referencias en latín, inglés o alemán. O hemos buscado la cita en traducciones hispánicas de los respectivos autores si las teníamos a mano; siempre se indica la fuente.

En un pasaje del cuento leemos: «Ardieron palimpsestos y códices, pero en el corazón de la hoguera, entre la ceniza, perduró intacto el libro duodécimo de la *Civitas Dei*, que narra que Platón enseñó en Atenas que, al cabo de los siglos, todas las cosas recuperarán su estado anterior, y él, en Atenas, ante el mismo auditorio, de nuevo enseñará esa doctrina. El texto que las llamas perdonaron gozó de una veneración especial y quienes lo leyeron y releieron en esa remota provincia dieron en olvidar que el autor sólo declaró esa doctrina para poder mejor confutarla» (pág. 35). El texto de San Agustín está en *La ciudad de Dios* (libro 12, cap. 13); todo el libro 12 está dedicado a exponer y refutar la idea del eterno retorno de todas las cosas, concepción antiquísima que la teología cristiana rechazó. En un pasaje leemos: «De acuerdo con algunos filósofos, los acontecimientos y

los períodos de tiempo en que los mismos ocurren, se repiten; esto es como si, por ejemplo, el filósofo Platón, habiendo enseñado en la escuela en Atenas, la cual es denominada la Academia, muchos años atrás, largos años más tarde, a intervalos temporales iguales, este Platón en la misma escuela, y a los mismos discípulos anteriores, repetirá incontables veces sus lecciones. Lejos estamos nosotros de creer en ello. Cristo murió por nuestros pecados una vez; y levantándose de entre los muertos, no volvió a morir»⁷.

Rodolfo A. Borello

⁷ Esta es nuestra traducción de la versión inglesa de Saint Augustine, Basic Writings, Edited by Whitney J. Oates (New York: Random House 1948), vol. 2, pág. 192. No he podido consultar ninguna versión en español de este texto. Victorino Capánaga, en «Los ciclos cósmicos en la «Ciudad de Dios», «Estudios sobre «La Ciudad de Dios», t. II de La Ciudad de Dios, Revista Agustinianna de Cultura e Investigación, vol. CLXVII, Real Monasterio del Escorial, 1954, págs. 95-112, traduce así el texto citado: «Lejos de la regla de la fe el creer que

con estas palabras de Salomón se significan aquellos circuitos con que los paganos piensan que se repiten las mismas revoluciones de los tiempos y de las cosas temporales, de suerte que, por ejemplo, así como en este siglo Platón enseñó su doctrina en Atenas y en la escuela que se llamó Academia, así retrocediendo innumerables siglos atrás, con prolijos pero ciertos intervalos, el mismo filósofo con idénticos discípulos repetidas veces existieron en la ciudad de Atenas y en la Academia, y en lo futuro, durante innumerables siglos, volverán a existir;

lejos de nosotros dar crédito a semejante doctrina», págs. 97-98. Debe tenerse presente que en numerosos autores grecorromanos (muchos mencionados y estudiados en el artículo de Capánaga, el que recomiendo al lector interesado por la riqueza bibliográfica y la información filosófica y teológica) aparece esta idea-creencia de la reiteración cíclica de la historia, que ha sido una constante de toda la Antigüedad, tanto asiática como occidental. Recuérdese el clásico estudio de Mircea Eliade, Le Mythe de l'Eternel Retour. Archétypes et

Repétition (Paris: Gallimard, 1969) y su History of Religious Ideas (Chicago: Univ. of Chicago Press, 1978); no puedo dar las referencias en español porque no las tengo aquí, en Ottawa. Una exposición muy completa de las ideas de los filósofos griegos sobre los ciclos periódicos (concepción que se repite en varios textos de Borges, baste señalar el poema «La noche cíclica», por ejemplo), es la de C. Duhem, Le système du monde. Histoire des doctrines cosmologiques de Platon à Copernic (Paris: Gallimard, 1969).

«¿Cómo puedo estar triste si me espera la gran aventura que es la muerte?»

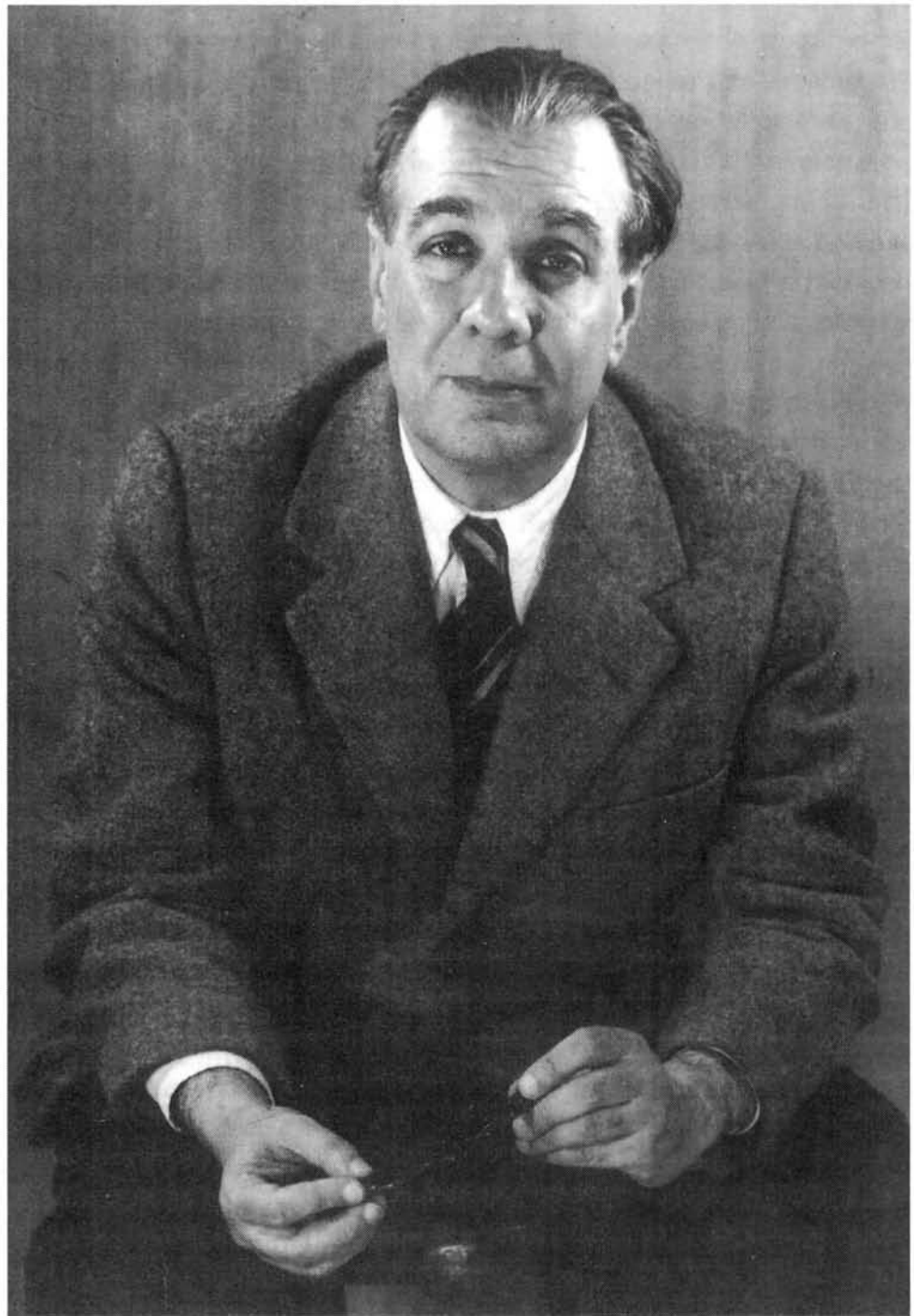


Foto Grete Stern.